

## **Capítulo sobre la Regla de San Benito – CFM – Roma 21.09.2011**

La sexta característica del buen celo que deben tener los monjes es: “Temán a Dios con amor – *amore Deum timeant*” (72,9).

Frase brevísima, concisa, esencial, en la que san Benito resume toda la dimensión religiosa del hombre. El “temor de Dios” es el sentimiento religioso fundamental, aquel que todo hombre posee naturalmente. No se trata solo y sobre todo de un sentimiento de miedo, sino del sentimiento de que Dios es Dios, de que Dios es todo, que es omnipotente, y que nuestra vida depende de Él, está en sus manos. Dios puede dar y Dios puede quitar, porque todo lo que existe tiene su origen y su fin en Él, que sólo es en el sentido pleno del término.

Todo lo que existe, existe dependiendo de Dios, tiene el ser porque Dios da el existir. Ninguna criatura puede ser sin recibir el ser de Dios. Dios es la fuente permanente y necesaria de la existencia de toda criatura. Y el hombre es la criatura que, junto al ser, también recibe de Dios la conciencia de existir y, por lo tanto, el sentimiento religioso, la conciencia de que existe un Ser supremo del que depende.

Esta dependencia, este sentimiento de que nuestra vida depende de Otro, es un sentimiento que puede dar miedo. Si dependemos de Dios, ¿qué hará Dios con nosotros? Si nos da el existir, ¿no podrá también aniquilarnos, suprimirnos? Y la experiencia que hacemos de nuestra finitud, de la precariedad de la vida, de la enfermedad y de la muerte, nos tienta fuertemente a temer que Dios, efectivamente, nos quiera suprimir. ¿No es Dios quizá el que nos hace morir? ¿No es Él tal vez el “culpable” de la muerte de nuestros seres queridos y de nuestra propia muerte? ¿Por qué nos da la existencia y el ser conscientes de la misma para después tener que sufrir nuestro fin?

Estas preguntas no han ocupado solamente el corazón de los paganos, no han inspirado solamente el fatalismo de las religiones antiguas. Son preguntas que han ocupado también la conciencia de los profetas y de los demás autores del Antiguo Testamento, como la oración de los Salmos.

El gran salto de la religión del temor de Dios a la religión del amor de Dios ha sido preparado, ciertamente, por la revelación de Dios al pueblo de Israel, pero solamente se ha cumplido con la venida de Cristo, de Jesús, que ha revelado plena y definitivamente que Dios es Padre, que Dios es Misericordia, que Dios es Amor, y que, por lo tanto, todo lo que Dios crea y quiere tiene en el amor su fuente, su sentido y su fin.

El mal y la muerte, los argumentos de siempre contra la bondad de Dios, Dios no los ha querido; pero Dios, en su amor infinito, ha asumido, redimido y transformado también el mal y la muerte que sufrimos, o de la que somos responsables. La Cruz es el culmen de la revelación del amor de Dios en quien todo el mal y la muerte que el hombre sufre, o que hasta elige y provoca, son transformados por Dios en Cristo en la prueba más irrefutable e infinita del amor de Dios por el hombre.

La fe, de Cristo en adelante, consiste justamente en creer en el amor de Dios por nosotros, más fuerte que el mal y la muerte: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados. (...) Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él. Dios es Amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él.” (1Jn 4,10.16)

Por esto, la gran conversión que Jesús ha pedido siempre a sus discípulos es la de la fe en el amor de Dios. La conversión que Cristo pide siempre a sus discípulos es el pasar del temor desconfiado a la fe amorosa de Dios. Por Jesús, nuestra más grande prueba de amor a Dios es la confianza que ponemos en Él, la fe. Y esta fe obtiene todo: “¡Todo es posible para el que cree!” (Mc 9,23).

San Benito nos pide este camino de conversión y nos acompaña conscientemente en el mismo, así como Jesús lo ha pedido a sus discípulos, acompañándoles por tres años y después siempre con su presencia resucitada y el don del Espíritu. San Benito nos acompaña explícitamente en el camino de la conversión del temor servil a Dios al temor filial, de la desconfianza temerosa a la confianza del amor.

San Benito nos pide esta conversión, pero, sobre todo, nos la promete si seguimos el camino que propone. La promete ya al final del Prólogo de la Regla (45-50), pero, sobre todo, al final del capítulo 7 sobre la humildad: "Cuando el monje haya remontado todos estos grados de humildad, llegará pronto a ese grado de amor a Dios que, por ser perfecto, echa fuera todo temor; gracias al cual, cuanto cumplía antes no sin recelo, ahora comenzará a realizarlo sin esfuerzo, como instintivamente y por costumbre; no ya por temor al infierno, sino por amor a Cristo, por cierta santa connaturalidad y por la satisfacción que las virtudes producen por sí mismas. Y el Señor se complacerá en manifestar todo esto por el Espíritu Santo en su obrero, purificado ya de sus vicios y pecados." (7,67-70)

Esta conversión del temor al amor en las relaciones con Dios es, por decir de algún modo, trinitaria. En efecto, aquí san Benito menciona cada una de las tres Personas de la Trinidad para decirnos que el amor nos une a cada una de Ellas, con el fin de que podamos entrar a través de la relación con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo en la Comunión entre ellos, que es solo Amor.

El temor de Dios, el sentimiento religioso común a todo corazón humano, se convierte, de este modo, solo en amor de Dios. Lo que nos une a Dios es lo que Dios es, no solamente aquello que experimentamos frente a Él. Pero esto es fruto de un camino, de un largo camino de conversión en el que la Regla nos quiere acompañar paso a paso y en todos los aspectos de la vida.

San Benito promete este progreso del temor al amor al final del capítulo sobre los grados de humildad porque esta conversión es esencialmente una conversión del corazón, y el camino de la humildad es el camino de nuestro corazón si seguimos el recorrido que la vida monástica en comunidad nos ofrece y nos pide.

Esta conversión también es un camino porque es un progreso de nuestra libertad. Se avanza en el amor si se sigue, si se dice "sí" al amor, si se dice "¡Creo!" en el amor de Dios a través de todos los pasos y acontecimientos de la vida, incluidas las caídas. Y la libertad humana es una libertad en camino, una libertad que recorre toda nuestra vida.

En el fondo, amaremos a Dios sin ningún temor solo en el momento en el que, después de nuestra muerte o durante nuestra muerte, nos encontremos delante de Cristo, y el juicio sobre nuestra vida consistirá en una sola pregunta: ¿Crees en el amor de Dios, en la misericordia de Dios?

Georges Bernanos concluye el Diario de su Cura de campo con una frase que está entre las más bellas y verdaderas sobre el juicio final de Dios:

"No moriré sin lágrimas. Entonces, nada me es más extraño que una indiferencia estoica, ¿por qué debería desearme la muerte de los impasibles? (...) ¿Por qué inquietarme? ¿Por qué hacer previsiones? Si tengo miedo diré: tengo miedo, sin vergüenza. ¡Que la primera mirada del Señor, cuando me aparezca su Santo Rostro, sea una mirada que tranquilice!"

Es la mirada de Cristo la que disipará nuestro corazón de todo trazo de temor, si con humildad elevamos la mirada a Él, ofreciéndole todos nuestros miedos y desconfianzas. Entonces, no quedará más que el amor de Dios para nosotros y en nosotros, y esto será el Paraíso.

*P. Mauro-Giuseppe Lepori  
Abad General OCist.*